

libre la entrada de los hombres que venían á verle.

El monje Cirilo hizo por sí mismo la experiencia. Tuvo pensamiento de visitarle en esta soledad, y con este fin se dirigió á la laura de Suca, para rogar á uno de sus discípulos que le acompañase. Cuando se aproximaban á la celdilla, vieron acercarse al león, y Cirilo aterrizado huyó; pero Juan le persuadió que perdiese todo temor, y efectivamente, el animal les abrió libre paso. San Ciriaco tuvo grande gozo de verles, y los recibió con marcados testimonios de afecto. Reconoció á Cirilo, y dijo á Juan: « Me » habeis traído á un hermano, pues éste es del mismo monasterio que yo ». Juan le constestó sonriendo: « Sí, Padre mio, pero temo mucho á vuestro león... Y ¿ qué teméis? dijo el Santo. Éste es el fiel guardián de mi jardín: no permite que entre en él ningún otro animal, pues si alguno se atreve á acercarse, le hace huir. Lo mismo hace con los bárbaros y con todos los que quisieran robarme ó insultarme. Guardándome él, vivo con completa seguridad ».

Después les habló de los santos padres del desierto, á quienes conocía, y refiriéndoles sus virtudes, les animó á que siguiesen sus huellas. Por último, les hizo sentarse á la mesa, y mientras comían, se presentó el león, cual si fuese un animal doméstico. Le dió un poco de pan, y lo envió á que fuese á guardar el jardín. Después de la comida, reanudó su conferencia espiritual, y dándoles su bendición, los despidió.

Habiendo pasado allí san Ciriaco ocho años y disipada ya la facción de los origenistas, le rogaron los religiosos de la laura de Suca que regresase á la gruta de san Caritón. El monje Cirilo aprovechó esta ocasión para visitarle con frecuencia, y el escritor de su vida, ó más bien, él mismo Cirilo, asegura que sacó de estas entrevistas muy grande provecho para su alma. Este grán Santo vivió aún dos años

más, y murió en 554 ó 555, á la edad de ciento siete años<sup>1</sup>.

Se nota en él lo mismo que en san Juan el Silenciarío, cuya vida no fué ménos corta, que cuanto más avanzaban en edad, tanto más vigorosos se hallaban para los ejercicios de su instituto. Su historiador dice también que tenia un carácter dulce y agradable para con todos, una salud inquebrantable, una fuerza constante de espíritu y de cuerpo, una estatura muy alta y recta, sin que el peso de los años le hubiese encorvado ni enflaquecido. Pero lo que sobre todo debe admirarse en él es la pureza de sus contumbres y de su fé, que conservó inviolablemente durante su larga vida.

---

#### EL HISTORIADOR CIRILO

Mucho debemos á este excelente solitario, para que no dejemos de darle un lugar preferente. Recogeremos lo que de él digamos de lo que él mismo ha dejado consignado en las Vidas de san Eutimio, de san Sábás y de san Juan el Silenciarío: pues por más que su modestia le haya hecho callar sus propias virtudes para hacer resaltar las de estos santos, siempre aparecerá como un religioso instruido en sus deberes por los grandes maestros de la vida monástica, y que supo aprovecharse de la santa educación que de ellos recibió.

Natural de Scithópolis en la Palestina, hé aquí lo que

<sup>1</sup> Baillet le dá 109 años; pero sus actas, á las que se atiende Bullean, no le dan más que 107.

dice de sí mismo en la vida de san Sábás y en otras de sus obras. « Habiendo venido este Santo á Cesarea y más tarde » á Scithópolis con objeto de hacer publicar las órdenes » del emperador Justiniano, Teodosio, nuestro obispo, » salió á recibirle acompañado de todo el pueblo. Mi pa- » dre, que era su administrador y consejero, formaba, co- » mo es consiguiente, parte de la comitiva. Despues que se » publicaron las ordenanzas imperiales, se dirigió el santo » anciano al palacio episcopal, alojándose en la Iglesia del » mártir san Procopio. Mi padre le veía con mucha fre- » cuencia, y como yo, que le acompañaba, era muy jóven » me puso á sus pies para que me diese su bendición. Me » la dió en seguida, me levantó, y abrazándome tierna- » mente, dijo á mi padre : Desde este momento considero » á este niño como discípulo mio : será hijo de la soledad, » y volviéndose hacia el obispo, le dijo : Señor, os ruego » que tomeis á este niño bajo vuestra solicitud, porque » tengo necesidad de él ».

» Mi padre no dejó de referir este suceso á mi madre, » que quería también saludar al santo anciano y recibir su » bendición. Aprovechóse para conseguirlo, por aviso que » le dió mi padre, de una visita que debía hacer al solitario » Procopio, y le esperó en el camino que conduce á la igle- » sia del apóstol santo Tomás. Habiéndose detenido allí el » Santo, le habló á solas mi padre, y le presentó á mi madre » para que le diese su bendición, y sabiendo que era una » sierva de Dios, se la dió de muy buena voluntad. Al ver- » me, repitió á mi padre lo que ántes le había dicho, y le » recomendó que aprendiese de memoria el salterio ».

» Habiéndose retirado mi madre, le seguimos nosotros » hasta la morada del abad Procopio, de donde, despues » de haber comido, volvimos á la casa del obispo. A la ma- » ñana siguiente el Santo, que debía volver á Jerusalém, » honró nuestra casa con su presencia : en ella oró, nos

» dió á todos su bendición, despues de lo cual, partió para » la Ciudad santa juntamente con los padres que le habían » acompañado. Desde este tiempo nuestro obispo pregun- » taba frecuentemente á mi padre, diciéndole con bonda- » dosa sonrisa : ¿ Qué hace el discípulo del bienaventurado » Sábás? Procurad que aprenda bién el salterio y las epís- » tolas de san Pablo. Además me admitió al orden del cle- » ricato, dándome la prima tonsura. »

« En el año sexto del imperio de Justiniano tomé el há- » bito monástico, y sintiendo en mi corazón un deseo » vehementísimo de morar en el desierto, huscaba una oca- » sión oportuna para realizarlo. Pero no encontrando otra » más propicia, tomé por pretexto la dedicación de la Igle- » sia de Jerusalém, y obtuve permiso para ir á ella. Cuando » me disponía á marchar, me recomendó mi madre como » último consejo, que nada hiciese sin la autorización de » Juán el Silenciaro, pues temo, me decía, que te dejes » seducir por los origenistas, y que te arrastren á sus erro- » res. »

« Despues de visitar todos los santos lugares de Jerusa- » lém consagrados por la presencia de Jesucristo y de » adorar la santa cruz, fuí á ver al bienaventurado Juán, el » cual me dió el último consejo, diciéndome : Si quieres » santificarte, retírate al monasterio del grán Eutimio, » Pero como todavía era yo un jóven aturdido, no hice » caso de este consejo, y me dirigí á las orillas del Jordán, » para entrar en algunos de los monasterios que hay en » este desierto. Muy pronto tuve ocasión de arrepentirme, » pues caí enfermo en la laura de Calamón<sup>1</sup> en donde, » viéndome extraño y abatido por el mal, me entregué á » una grande tristeza. El bienaventurado Juán vino en- » tónces en mi auxilio, y apareciéndome en sueños, me

<sup>1</sup> La laura de Calamón estaba situada entre la de Jarán y la de Tours. De ella hemos hablado en el PRADO ESPIRITUAL, cap. XL.

« dijo : Has sido castigado por no haber hecho lo que te  
 « aconsejé : levántate, y vé á Jericó, y en el hospital del  
 « abad Eutimio encontrarás á un anciano de pequeña  
 « estatura, que te llevará a su monasterio en el cual  
 « recuperarás la salud. »

« Cuando desperté, se habian renovado mis fuerzas, y  
 « despues de recibir la sagrada Comunion y algún alimento,  
 « me dirigí á Jericó, quedandó admirados y sorprendidos  
 « los religiosos de verme curado. Llegué en el mes de julio  
 « al monasterio de san Eutimio. El abad Leoncio era en-  
 « tónces su superior, y todos los dias iba á dar cuenta de  
 « mi alma al bienaventurado Juán. Habia conocido á sus  
 « discípulos en Scithópolis, porque se hospedaban en mi  
 « casa, y mis padres les daban limosna para los religiosos  
 « de la laura, desde que nuestro santo padre Sábás se dignó  
 « honrarla con su visita. Esto hacia que yo fuese á verle  
 « con más confianza, y que aprovechase la dicha de re-  
 « cibir sus enseñanzas y de participar de sus oraciones. »

« Un dia me sentí acometido de una violenta tentación  
 « que le declaré, y apénas hubo orado por mí, me ví libre  
 « de ella. Miéntras que yo le hablaba y recibia sus conse-  
 « jos, un hombre, llamado Jorge, le llevó á su hijo que  
 « estaba poseido del demonio. Este niño lloraba, y sin que  
 « el padre manifestase el motivo por que lo traia, com-  
 « prendió el Santo que se hallaba poseido del maligno es-  
 « píritu. Se compadeció de él, oró, le ungió con el aceite  
 « de la lámpara que ardia ante la santa cruz, y al punto  
 « salió el demonio dejándole libre. »

« En este mismo monasterio de san Eutimio fui también  
 « testigo de otro milagro realizado en su tumba en favor  
 « de un monje de Cilicia, llamado Pablo, y perteneciente  
 « al monasterio de Martirius. Hallábase poseido del demo-  
 « nio, y sus compañeros le llevaron al sepulcro del Santo,  
 « dejándole ante sus preciosas reliquias. El Santo apareció

« de noche, y le curó. Levantóse al punto, y se unió á los  
 « religiosos que cantaban el santo oficio, siguiendo la  
 « salmodia con ellos, y refiriéndoles la manera prodígiosa  
 « con que habia sido librado. Al saber los religiosos de su  
 « monasterio que habia sido curado, vinieron por él ; pero  
 « quiso permanecer allí para manifestar mejor su recono-  
 « cimiento al Santo, y prestar sus servicios en aquel mo-  
 « nasterio, en donde cumplió todos sus deberes con un  
 « santo gozo y una grande fidelidad. »

Nada se sabe de lo que hizo Cirilo en el monasterio de  
 san Eutimio, en donde permaneció hasta que, arrojados  
 los origenistas de la nueva laura, vino á ocuparla según  
 las intenciones de san Juán el Silenciaro, con los religiosos  
 ortodoxos, llamados por el patriarca Eustoquio, para que  
 florecieran en ella la regularidad y el espíritu de san Sábás  
 mediante la observancia de su regla.

En este nuevo retiro es en donde compuso la historia de  
 san Eutimio y de san Sábás, ó más bién, en donde ordenó  
 las memorias que habia reunido. El mismo refiere como  
 concibió el designio, y como lo realizó. « Habiendo reci-  
 « bido, dice hablando de san Eutimio, habiendo recibido  
 « por sus oraciones muchas gracias y auxilios, tanto corpo-  
 « rales como espirituales, y viendo los frecuentes milagros  
 « que se obraban en su tumba, admiraba el grande crédito  
 « que tenia en la presencia de Dios, y sentia brotar en mi  
 « corazón el deseo de conocer con toda exactitud todas las  
 « acciones de su vida, y la manera con que habia llegado  
 « á la admirable santidad que tan grato le habia hecho á  
 « Dios. »

« Habiéndome, pues, informado con el mayor esmero de  
 « muchos padres de esta soledad, algunos de los cuales  
 « sabian por relaciones fidedignas todo lo que á san Eutimio  
 « se refiere, miéntras que otros habian vivido con el bie-  
 « naventurado Sábás, recogí fielmente todo lo que pude

« oír de unos y otros, y consigné estas memorias, pero  
 « sin ponerlas en orden. Algún tiempo despues se reunió  
 « el quinto concilio general de Constantinopla, en que  
 « fueron condenados los errores de Orígenes y de Nestorio.  
 « Así es que, arrojados los origenistas de la nueva laura,  
 « y reemplazados los Padres ortodoxos, fui llamado á ella  
 « por permisión de Juan el Silenciarío. Apénas llegué,  
 « recibí de él letras llenas de bondad paternal, en las que  
 « me animaba á componer la historia de los bienaventura-  
 « dos Eutimio y Sábás. »

« Dos años pasé en el silencio de la laura pensando en el  
 « modo de llevar á cabo mi designio; pero cuando quise  
 « poner manos á la obra, por lo mismo que no habia estu-  
 « diado las letras humanas, no sabia por donde empezar.  
 « Viendo que no podía salir adelante, acudí á la oración, y  
 « despues de orar con el mayor fervor que me fué posible  
 « y de derramar abundantes lágrimas, sin conseguir resul-  
 « tado alguno, me resolví á abandonar una empresa que  
 « era superior á mis fuerzas. »

« Sin embargo, un día en que me hallaba sentado, te-  
 « niendo entre las manos mis memorias, y lleno de extrema  
 « tristeza, me quedé dormido. Eran las primeras horas de  
 « la mañana, : entónces los bienaventurados Eutimio y  
 « Sábás se me aparecieron en hábito de monjes, y el vene-  
 « rable Sábás dijo al grán Eutimio : Hé aquí á vuestro hijo  
 « Cirilo que tiene en sus manos las memorias que ha re-  
 « cogido, pero que no sabe como poner en orden. A lo  
 « cual respondió : No podrá conseguirlo sin el auxilio de lo  
 « Alto. Alcanzádselo, pues, replicó el bienaventurado  
 « Sábás. Entónces el santo padre Eutimio metió la mano  
 « en su seno, y sacó un vaso de plata lleno de un licor, del  
 « cual derramó por tres veces algunas gotas en mi boca.  
 « Tenia la apariencia de aceite; pero por el gusto creeria  
 « degradarlo comparándolo á la miel. Confieso que mis

« palabras son insuficientes para expresar su dulzura. El  
 « placer que hube de experimentar me despertó, dejando  
 « en mi boca un gusto el más delicioso. Lleno de dulce  
 « consolación, puse manos á la obra, y no sólamente em-  
 « prendí la vida de san Eutimio, sino que al propio tiempo  
 « me sentí interiormente movido á escribir la del incom-  
 « parable Sábás. »

« No tenemos necesidad de justificar aquí la verdad de  
 « esta visión, que está suficientemente justificada por los  
 « efectos. Los críticos, que han tenido ocasión de hablar de  
 « la obra de Cirilo, no han podido ménos de tributarle los  
 « mayores elogios. No puede dejar de admirarse, dice  
 « Bulteau, que un hombre que carecia de todo género de  
 « estudios, haya ejecutado tan perfectamente su designio,  
 « marcando los lugares con la mayor exactitud, así como  
 « los tiempos y las personas, pues que ha escrito una obra  
 « del más excelente mérito. En sentir de Baronio, si se  
 « exceptuan san Atanasio y san Jerónimo, ninguno de los  
 « antiguos escritores de las Vidas de los Santos lo ha hecho  
 « con tanta perfección como él, con tanta buena fé y ver-  
 « dad, como con orden y distinción de tiempos<sup>1</sup>. »

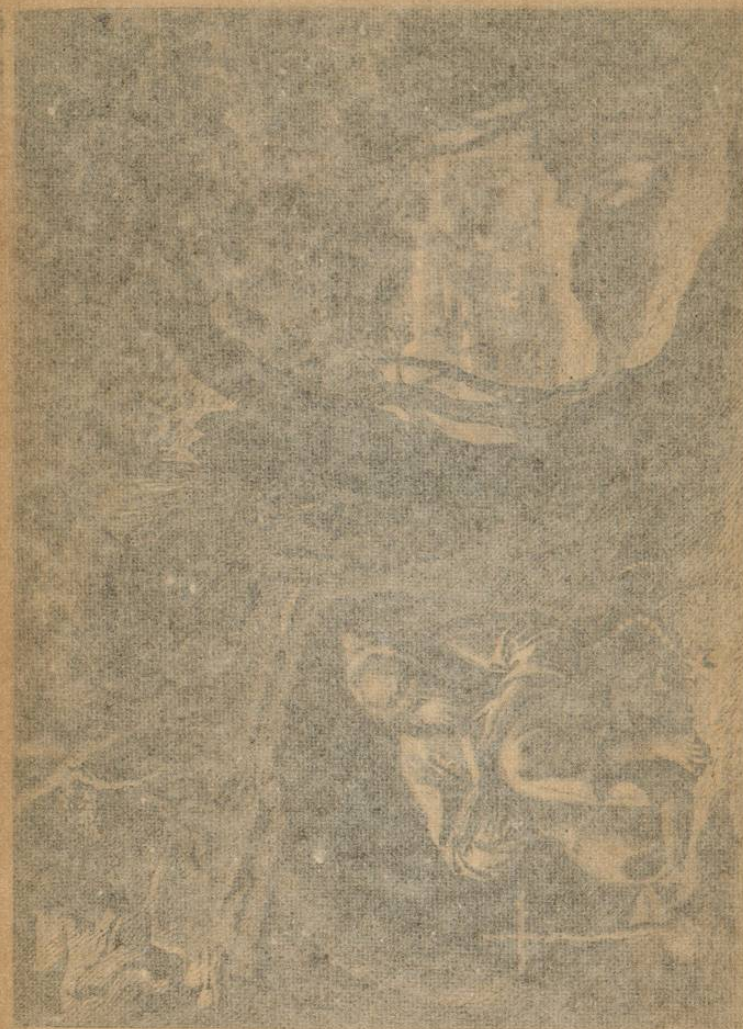
Antes de referir Cirilo esta visión, hace una nota que  
 prueba su buena fé y exactitud. « Hé aquí, dice, una pe-  
 « queña parte de lo que hemos visto y oído á muchos  
 « acerca del grande Eutimio. Hemos referido, de una parte,  
 « los prodigios de su vida, y de otra, los que se han obrado  
 « despues de su muerte, para que no fuesen ignorados de  
 « las generaciones venideras : pues se vé que los unos son  
 « confirmación de los otros, y prueban manifiestamente la  
 « santidad de este excelente padre. En efecto; como han po-  
 « dido obrarse estas grandes maravillas sobre su tumba y des-

<sup>1</sup> BULTEAU, HISTORIA MONASTICA, lib. IV, cap. vi. Puede verse también lo que dice Baillet en sus notas sobre las Vidas de san Eutimio, san Sábás, san Juan el Silenciarío y san Ciriaco.

« pues de su muerte, si no hubiese sido un santo durante  
 « su vida? ¿ Y como dudar de la santidad de su vida,  
 « atestiguada con tantos prodigios despues de su muerte? »

Dá principio también á la vida de sán Sábás con un pequeño prefacio dirigido á Jorge, superior de la nueva laura, en el cual consigna estas hermosas palabras, que siempre probarán su sinceridad en la composición de su historia.  
 « Ruego á todos los que lean mis obras que pidan al Señor  
 « que me conceda el perdón de todos los pecados de mi  
 « vida, que ha sido tan miserable. No exijo que se preste  
 « una fé absoluta á todo cuanto expongo; pero aseguro  
 « que he marcado expresamente los tiempos, los lugares,  
 « las personas y los nombres con toda fidelidad, para que  
 « cada cual pueda asesorarse y examinarlos por sí mismo. »

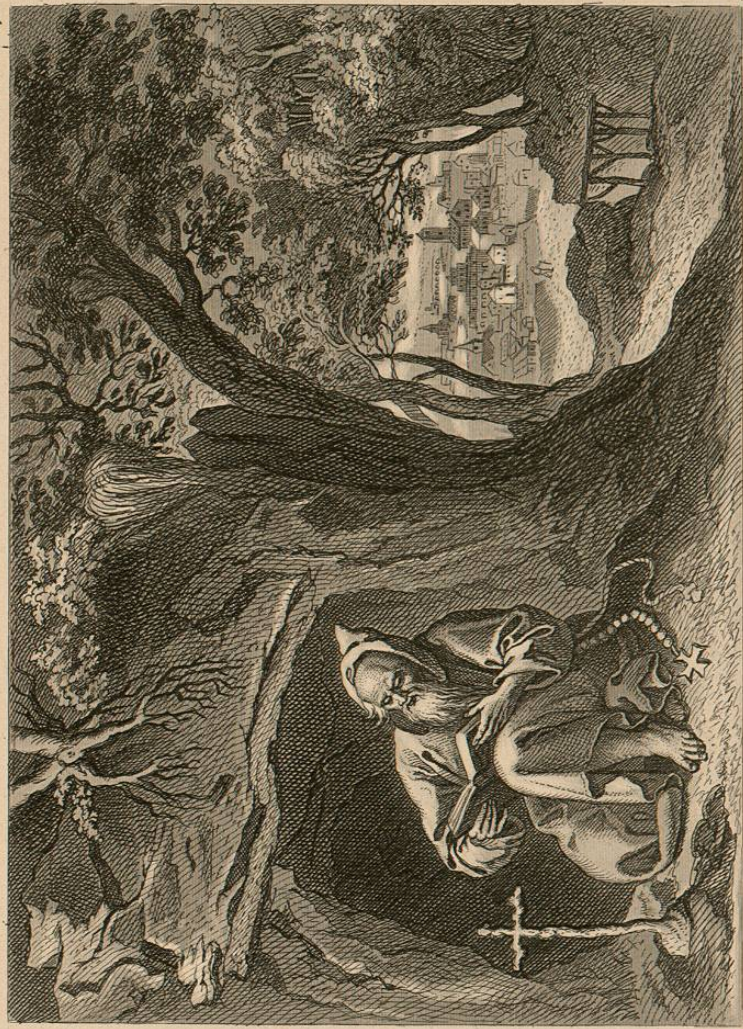
Iba frecuentemente á la laura para consultar á san Juan el Silenciaro, su padre espiritual, y al fin fijó en ella su residencia. Un dia que iba para prepararse una celdilla, fué testigo de un prodigio que se obró en la tumba de san Sábás, y que refiere de la siguiente manera. « Se habia  
 « edificado una grande cisterna bajo la torre de nuestro padre san Sábás, en la gruta, desde la cual se sube por una  
 « escalera, tomada de la iglesia de san Teoctisto, á esta  
 « misma torre, y sobre la cual habian construido los padres un depósito, en el cual se reunian y filtraban las  
 « aguas ántes de caer en la cisterna. Una y otra obra habian sido ejecutadas por un arquitecto llamado Mamas.  
 « Pero cuando trabajaba con uno de sus oficiales para concluir el depósito, se levantó de pronto un torbellino tan  
 « impetuoso, que, cayendo las aguas con grande violencia, destruyeron el depósito. Mamas tuvo suficiente agilidad para librarse del peligro, pero no así su oficial,  
 « que fué arrastrado por los trozos de piedra que se desprendieron, y cayó en el vestíbulo que hay entre las dos  
 « iglesias, en el cual está la tumba de nuestro padre san



*San Juan el Silenciaro*

... de la historia, ni se habría sido un santo durante  
... de la vida, y como hacer de la santidad de su vida,  
... prodigios de pios de su muerte?»  
... vida de san Sabas con un pe-  
... superior de la nueva laura,  
... estas hermosas palabras, que siempre  
... de su historia.  
... que pidan al Señor:  
... que me disculpa de todos los pecados de mi  
... que ha sido tan miserable. No exijo que se preste  
... a todo cuanto expongo; pero aseguro  
... los tiempos, los lugares,  
... las personas y los sucesos con toda fidelidad, para que  
... examinarlos por sí mismo.  
... a la laura para consultar a san Juan  
... su re-  
... fue  
... tumba de san  
... cámara. «Se había  
... la torre de nuestro pa-  
... desde la cual se sabe por una  
... a esta  
... habían construido los pa-  
... y filtraban las  
... Una y otra obra ha-  
... llamado Mamas.  
... para con-  
... pronto un torbellino tan  
... las aguas con grande violencia,  
... Mamas tuvo suficiente agili-  
... pero no así su oficial,  
... por los trozos de piedra que se des-  
... y cayó en el vestíbulo que hay entre las dos  
... la tumba de nuestro padre san

Tome 4.



Pop. Ch. Charob. ann. Paris.

Grav. Boss.

Theodore le Cenobiarque.

San Teodosio el Cenobiarco.

« Sábás, desde una altura de cerca diez codos. Cuando  
 « cesó la lluvia, se encontró al jóven bajo un montón de  
 « piedras sin haberse causado el más leve daño. Yo mismo  
 « fui espectador de este milagro obrado en el mismo dia  
 « en que yo vine á esta nueva laura con intención de  
 « escoger el sitio en que edificar mi celdilla. »

Además de los célebres solitarios de los monasterios de san Eutimio y san Sábás que conoció Cirilo, y cuyos relatos, unidos á lo que él mismo vió, le ayudaron á formar las memorias de las vidas de estos santos, tuvo la dicha de conocer personalmente á san Ciriaco. Iba con frecuencia á visitarle al desierto de Susacim y á la laura de Suca, llevándole cartas de san Juán el Silenciaro, relativas á los males que causaban los herejes en aquellas comarcas. De este Santo aprendió también muchas particularidades en orden á las acciones y prodigios de los Santos. Por último, hallándose retirado en la grán laura, escribió en 557 la vida de su padre espiritual, san Juán el Silenciaro, que aún vivia. Se ignora el tiempo que vivió despues, así como la época de su muerte.

---

#### SAN TEODOSIO EL CENOBIARCA<sup>1</sup>

Margariazzo, ciudad de Capadocia, se ha hecho célebre en la historia monástica por el nacimiento de san Teodosio, como la aldea de Mutalasco lo ha sido también, en la misma

<sup>1</sup> Opina el cardenal Baronio que el mouje Cirilo, á quien con tanta frecuencia hemos citado, es el que escribió la vida de san Teodosio; pero no se desprende así del método de este historiador, que acostumbra marcar con más exactitud los lugares, los tiempos y otras circuns-